

EL CALENDARIO



A posibilidad de hacer coincidir un lapso de tiempo en definitiva astronómico y cósmico, en los sistemas de medida inteligibles por el hombre, no acaba de estar conseguida.

Se puede reducir a una cifra infinitesimal el instante en que la tierra vuelve a encontrar, el día 21 de marzo, aproximadamente, el punto de Aries o punto vernal que es el de partida de la anualidad o de referencia con relación al cumplimiento de una vuelta completa de la tierra alrededor del sol. Pero todos los cálculos de los geómetras, de los astrónomos y de los físicos, no llegarán a poder establecer en un instante matemático el comienzo del año solar de modo que su transcripción sea automáticamente traducible en nuestro calendario y en nuestros relojes. Nuestro calendario se ve obligado a echar esa cuenta difícil añadiéndose un día suplementario cada cuatro años; y aún la cuenta no resulta exacta, puesto que aproximadamente cada siglo es necesario suprimir a uno de esos días de plus.

La suma de seis horas anuales que pasan de los trescientos sesenta y cinco días del año tampoco es exacta. Hay que retocar, pues, periódicamente la medida, aprehendiendo partículas de tiempo con la afinación de los cálculos geométricos y algebraicos, hasta ponernos en la hora precisa exactamente, en gran escala, como se hace con el reloj de pulsera. Lo que ha ocurrido en este terreno, desde su iniciación, hace muchos miles de años, es, pues, un avance insignificante, casi ridículo. El modo de medir el tiempo de los mayas, en las regiones del Yucatán, era casi sustancialmente el mismo que el nuestro hace millares de años. El calendario egipcio no difería tampoco del gregoriano más que en unas fracciones inverosímiles de tiempo. Y aún hoy nuestros relojes no van a la hora; la inmensidad del tiempo no ha podido entrar del todo en esos instrumentos parciales que llevamos en la muñeca. A ese tiempo que vemos en las manecillas del reloj siempre se le escapan fracciones, partículas...

Por eso, en los primeros días romanos, en que prevalecía el calendario de Numa Pompilio, se encontraban con que a veces nevaba en julio o hacía un calor agobiante en enero. A costa de perder unas pocas horas en cada siglo el trastuque llegó a ser evidente y descorazonador. Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, era un rey-sacerdote que hablaba a solas con las ninfas, en un bosquecillo, que todavía hoy se enseña en Roma, cercano a la puerta Camena. No es raro que esas señoras tuvieran algún desliz matemático a la hora de revelar al jerarca los límites y la dimensión exacta del tiempo. Igual debió de ocurrir en Egipto, donde los sabios cortaron por lo sano y establecieron un calendario de trescientos sesenta y cinco días redondos, con lo cual únicamente cada mil cuatrocientos sesenta años se volvía al año natural. Por ello tenemos la noticia de que en el año dos mil cincuenta antes de Jesucristo, aproximadamente, la cosecha del cañamo, que actualmente se hace en el mes de abril, tuviera lugar en el mes de noviembre. Esas bromas de la contabilidad cósmica hacen andar de cabeza a los egiptólogos, que tardaron mucho tiempo en poder precisar las calendas de cada dinastía. Para nosotros, seis horas al año no tienen importancia, ni siquiera en estos tiempos de la productividad; las pudiéramos apuntar en blanco, tomando un refresco en una terraza. Pero para los historiadores han sido fatales.

Al otro cabo del mundo, muchos siglos antes, los mayas se las habían arreglado para llegar a conclusiones casi perfectas de la medición del tiempo. Sus siglos de cincuenta y dos años y sus años tomados desde un punto de partida muy remoto, con trescientos sesenta días, más cinco añadidos al término del año y con meses de veinte días, son una aproximación muy digna de la verdad. Lo que ha costado, pues, introducir en el calendario, es la fracción que va desde esta cifra global hasta su conclusión matemática. Este ha sido y sigue siendo el punto difícil de la cuestión. Pues aunque se sepa con exactitud cuál es el término de un año, cuesta mucho realizarlo mecánicamente y matemáticamente para que nos conste como una unidad regular y precisa de tiempo.

De modo que nuestro calendario es sólo una aproximación, por cierto suficiente, de lo que son las relaciones tierra-sol o de nuestro viaje por el Cosmos. La multimillonésima de segundo que debiéramos añadir a nuestros

relojes para que estuvieran continuamente a la hora es una fracción inaprensible de tiempo y nos indica que el universo y su movimiento tienen un punto impreciso de irregularidad, que motiva el que el engranaje de los astros no sea tan mecánico como la propia mecánica.

De todos modos, ya vamos bien con el calendario, así defectuosamente establecido. Los altos organismos internacionales hablaban de sustituirlo por otro más exacto, y de ello se trató en dependencias de la Organización de las Naciones Unidas. Pero, ¿quién se erige en relojero magistral de la nueva época, si en definitiva todo ello no va a alterar la sucesión de los días tal y como la entendemos hoy; si serán los mismos los días de vencimiento y de pago de las letras de cambio, y si, para nosotros, el sol se levanta y se acuesta todos los días a la hora convenida? Dejemos esa milimétrica fracción como una partida que se pone en las contabilidades, con nombre ambiguo, a la que van a parar las cifras menores que, con mucho empeño, no ha sido posible hacer cuadrar a la hora del balance. En gran escala, también nosotros hacemos una pequeña trampa contable, nada menos que con el tiempo. Es interesante fijarnos en esta fracción precisamente ahora, cuando empieza el año oficial. En rigor, si contáramos nuestra existencia de acuerdo con el programa solar, el año debiera empezar en marzo, concretamente el veintiuno, cuando la tierra cruza el punto llamado de Aries. Contamos las constelaciones a partir de la primera, y luego siguen Tauro, Géminis, Cáncer, etcétera. Lo mismo hacemos con las estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. Pero del mismo modo que el año no empieza, ni puede empezar, siempre en domingo, también nos dejamos un pico de la vuelta de nuestro ciclo, antes de que empiece el año natural. La determinación de que el primero de enero esté en mitad del invierno y no se cumpla en veintiuno de marzo, que es cuando empieza el año natural, es cosa del calendario gregoriano, que resolvió de manera plausible nuestro modo de medir el tiempo, pero en el que congemio hábilmente el significado cristiano de las fechas con su realidad cósmica. En esta componenda entre el año natural y el año litúrgico, el tiempo adquiere un doble valor metafísico.

el tiempo pasado

Pero hay un tiempo que no se puede retocar, que ya no admite rectificaciones, y éste es el tiempo pasado. Al año natural y al año litúrgico hay que añadirle una tercera dimensión del tiempo, que es la sentimental. Para cada uno de nosotros las vueltas que todavía va a dar la tierra alrededor del sol, son incógnitas en las que nos aventuramos con los ojos cerrados y con una cierta prevención. El pasado, en cambio, ya ha sido conseguido y es ineluctable. A partir de cierta edad ya no somos sino en virtud del pasado. Y avanzamos hacia el futuro como antes, prefabricados por contingencias vitales que no podemos modificar y de las que no nos podemos desprender. También, como la tierra, estamos en nuestra propia órbita y sería inútil intentar salirnos de ella. Existe para cada uno de nosotros una ley de la gravedad que también nos empuja y obliga en una dirección determinada.

Las condiciones en que hemos nacido, el itinerario que hemos seguido desde nuestra mocedad, las circunstancias físicas y psíquicas, económicas y sociales de cada uno de nosotros, son las fuerzas que obran sobre nuestro inmediato devenir. Somos una caja llena de historia y de recuerdos que avanza como una pequeña pero obstinada fuerza hacia adelante, en virtud de un impulso inerte y ciego.

El calendario que empezamos hoy es una consecuencia de nuestros cincuenta calendarios anteriores. Ese nuevo bloque de días que se nos ofrece no existe en sí mismo más que a medias. Con nuestra carga de acontecimientos y de sucedidos ya sólo en pequeña parte podemos dirigir nuestro propio impulso.

A medida que el hombre avanza en la vida se siente más sujeto por los factores que le han dominado. Se da cuenta del valor que han tenido sus actos; y del apremio sordo que ejercen sus causalidades y sus casualidades. Cuando se llegue a la vejez definitiva, ese calendario hermoso que colgamos en la pared, cargado de jornadas, rutilante de fechas, en realidad no será más que un montón de tiempo pasado. Un año más resumirá entonces el peso de una terrible servidumbre.